

SOBRE EL AUTOGOBIERNO VASCO

GURE GAZAK



IGOR
FILIBI

PROFESOR DE RELACIONES INTERNACIONALES UPV/EHU.
VICEPRESIDENTE DEL CONSEJO VASCO DEL MOVIMIENTO
EUROPEO (EUROBASK). CO-DIRECTOR DEL MÁSTER EN
COOPERACIÓN INTERNACIONAL DESCENTRALIZADA: PAZ
Y DESARROLLO.

SIN COHESIÓN NO HAY SOCIEDAD

En el contexto de la crisis mundial de 1972-73, el 11 de septiembre de 1973 se produjo un golpe de Estado en Chile, apoyado por los EEUU, que derribó el gobierno del presidente Salvador Allende. El régimen militar de Augusto Pinochet (1973-1990) se caracterizó por aplicar una profunda reestructuración del Estado diseñada por los llamados Chicago Boys (liderados por Milton Friedman y Arnold Harberger) y que inauguró el neoliberalismo. Poco después, en Argentina, tras el golpe de Estado de 1976 el nuevo gobierno de facto adoptó la nueva política económica. Resulta curioso que la nueva receta económica solo pudiese ser aplicada por dictaduras, al margen de cualquier apoyo popular.

En el norte, la primera aplicación de estas políticas se produjo en el Reino Unido durante el mandato de Margaret Thatcher (1979-1990), seguido a continuación por los EEUU con la presidencia de Ronald Reagan (1981-1990). La nueva política económica (*Reaganomics*) se extendió a partir de este momento a un gran número de países, ayudada por la influencia y presión de distintas instituciones internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, OECD).

Pese a los encendidos debates que se produjeron en los años 80 y 90, en el contexto de la Guerra Fría y luego del Nuevo Orden Internacional, hoy en día no cabe duda de que esas políticas económicas han sido un absoluto desastre desde el punto de vista de la cohesión social. Recientemente, incluso el Fondo Monetario Internacional ha reconocido que estas políticas, con sus duros ajustes, recortes y austeridad, han sido nocivas tanto para el crecimiento como para la igualdad.

No es algo nuevo, pues esto ya lo han venido sufriendo muchos países en vías de desarrollo desde los años 80. Lo novedoso es que ahora

En 2011 existían en la Unión Europea 120 millones de personas que vivían en la pobreza

No es sólo una cuestión ética, es que la sociedad se desintegra. Sin cohesión, no hay sociedad

Una amplia mayoría de escoceses se ha ido decantando por el Scottish National Party, entre otras cuestiones, por su modelo de sociedad

La independencia no es un fin, es un medio para un fin

se ha aplicado en Europa, cuestionando el antes modélico Estado social europeo. Y las consecuencias no se han hecho esperar. Oxfam constata en su reciente informe *La trampa de la austeridad* que en 2011 existían en la Unión Europea 120 millones de personas que vivían en la pobreza. Más aún, de seguir dichas políticas, se estima que para 2025 habrá entre 15 y 25 millones más de pobres en la UE. Pero no todos pierden, el sector más pudiente aumenta su riqueza a mayor ritmo que antes de la crisis. Las clases medias se desvanecen por el camino y la brecha de la desigualdad aumenta. No es sólo una cuestión ética, es que la sociedad se desintegra. Sin cohesión, no hay sociedad.

Uno de los Estados europeos pioneros en la implementación de estas políticas económicas ha sido, como ya se ha mencionado, el Reino Unido. La desigualdad no ha dejado de aumentar desde los años 80, tendencia acelerada en los últimos años. Precisamente esta cuestión, la erosión del Estado de bienestar

y las políticas sociales, ha estado en el centro del debate político en Escocia. Una amplia mayoría de escoceses se ha ido decantando por el Scottish National Party, entre otras cuestiones, por su modelo de sociedad, más centrado en fortalecer la cohesión que las propuestas que vienen de Londres. Más allá de la identidad nacional y sus símbolos tradicionales, puede constatarse que en Gran Bretaña hay al menos dos sociedades: la inglesa y la escocesa. Se trata de criterios de justicia y de valores, de una forma distinta de entender la sociedad. Algo similar sucedió unos años antes en Canadá con Quebec, cuando los nacionalistas quebequeses manifestaban ser una *sociedad distinta*.

David McCrone señalaba en 1998, en su libro *The sociology of nationalism*, que los ciudadanos escoceses eran bastante más sofisticados que los líderes políticos a la hora de definir sus identidades. Frente a la visión simplista que transmitían los me-

El modelo de sociedad que se quiere construir constituye un elemento muy importante de la construcción nacional

dios y llenaba las agendas políticas, los ciudadanos y ciudadanas se sentían identificados en grados variables con espacios políticos distintos, eran sensibles a cuestiones políticas muy distintas entre sí y, por si esto fuese poco, cambiaban de criterio con el tiempo y apoyaban a unos u otros partidos o simplemente se abstendían en las diferentes elecciones.

Más recientemente, en un seminario organizado por Sabino Arana Fundazioa en Bilbao el pasado mes de mayo, el profesor McCrone señaló algo muy importante, que la independencia no es un fin, es un *medio* para un fin. Y por ello, concluía, debemos aprender los unos de los otros sobre cómo construir una sociedad mejor.

EL MODELO SOCIAL VASCO

El modelo de sociedad que se quiere construir constituye un elemento muy importante de la construcción nacional. En Escocia hay un amplio

consenso sobre esto, bastante más que sobre el modelo jurídico-político. Algo similar sucede en Euskadi. En particular en la Comunidad Autónoma Vasca (CAV), las principales fuerzas políticas -más allá de las habituales maniobras discursivas tácticas y electorales- expresan en buena medida un amplio consenso sobre la importancia del sector público, la centralidad de políticas como la sanidad o la educación, y el principio general de solidaridad con los menos favorecidos. Todos estos elementos, y alguno más, constituyen verdaderas líneas rojas que nadie quiere traspasar. Por encima de las implicaciones que pueda tener en otros aspectos (paz, mayorías de gobierno, etc.), los recientes pactos de EH Bildu con el PSE en Gipuzkoa, el pacto fiscal entre PNV y PSE -al que quizás se incorpore algún otro partido- o algunos acuerdos en las Juntas Generales de Araba, muestran un suelo común, una serie de valores compartidos en buena medida por un amplio espectro de los ciudadanos vascos.

Este gran consenso social constituye, en mi opinión, la columna vertebral de la cohesión nacional vasca

Más allá de las genéricas referencias a la izquierda o derecha vasca, cuando se comparan los valores y actitudes de los militantes y cargos del Partido Popular vasco con sus compañeros del resto del Estado, las diferencias resultan claras. Cuestiones como las políticas sociales o la homosexualidad se ven de forma distinta a como se perciben entre militantes y cargos de otras zonas del Estado. Más allá de la cuestión estrictamente nacional e identitaria, los planteamientos de este partido en Euskadi encajan más con el amplio consenso social que creemos identificar que incluso con otros sectores agrupados bajo las mismas siglas políticas. Algo similar podría decirse en el caso del PSE. Ciertas políticas desarrolladas por gobiernos centrales en manos del PSOE encontraban resistencia dentro de sus propias filas en el seno del PSE. Estas diferencias encontraban acomodo y mejor expresión gracias al carácter federal (PSE) y confederal (IU/EB) de sus estructuras partidistas. En el caso del PP, con una estructura muy centralizada, su rama vasca siempre ha debido recurrir a las vías informales para buscar su encaje.

Este gran consenso social constituye, en mi opinión, la columna vertebral de la cohesión nacional vasca. El pueblo vasco, con estos valores, a los que se pueden sumar diversos indicadores como el índice de lectura o diversos valores “postmaterialistas” plasmados en la participación en movimientos sociales y ONGs, etc., muestra que es una “sociedad distinta” dentro del Estado. Se trata de elementos compartidos entre personas que, en el ámbito estrictamente partidista, no coinciden en cuestiones muy importantes como la identidad nacional, la lengua materna o los símbolos por los que se sienten representados.

Debido a este hecho no será posible que Euskadi pueda llegar a ser una sociedad uninacional en las próximas décadas. La identidad nacional vasca ha demostrado una extraordinaria capacidad de resistencia en las más adversas circunstancias históricas y no parece probable que se vaya a diluir

tiempo. Si se observa un mapa con los resultados electorales justo antes de la guerra civil y otro con los resultados de, digamos, 2004, el parecido es asombroso. Dos islas, dos “sociedades distintas”, la vasca y la catalana, aparecen en medio de dos océanos políticos que se han mantenido inmutables en el tiempo. Las *dos Españas* siguen latiendo bajo la arquitectura institucional del Estado de las autonomías y la modernización asociada a la integración europea. Con el tiempo han variado algo sus contornos externos, pero los núcleos de ambas *sociedades* son perfectamente identificables.

Si se acompañase el simple mapa electoral con otros indicadores como los referidos a valores y actitudes, aún se podría mostrar con mayor claridad la continuidad en el tiempo de dos sociedades distintas pero unidas políticamente bajo el mismo Estado.

La reconciliación. No es una simple palabra

ahora. Por otro lado, la identidad fomentada desde las instituciones del Estado cuenta con una proporción ligeramente menguante pero que aún es muy sólida. Además, las ya comentadas diferencias en el nivel de los valores hacen muy complicada su absorción por el Estado en el corto o medio plazo.

ESPAÑA: UNA NACIÓN, DOS SOCIEDADES

Si miramos ahora al conjunto del Estado, la fotografía varía. Sí existe un amplio consenso sobre la identidad nacional, en buena medida construido en oposición a las identidades nacionales vasca y catalana. Los medios de comunicación de masas, públicos y privados, han logrado crear algunos mitos y símbolos compartidos sobre todo en el ámbito del deporte, mientras que en otros aspectos el éxito ha sido mucho menor (casa real, sistema político, Estado autonómico).

Es en el nivel de los valores donde las diferencias parecen cristalizadas, fosilizadas en el

Podría decirse que el Estado está compuesto por al menos tres naciones (dejando de lado ahora la cuestión de Galicia), la española, la vasca y la catalana. La sociedad vasca está mucho más cohesionada socialmente y en el nivel de los valores (aunque también tiene sus diferencias internas) que en el plano identitario, donde la identidad nacional propia es claramente dominante, pero sin poder olvidar la identidad española (no entramos ahora en la realidad particular de Iparralde). Por otro lado, la nación española se encuentra mucho más cohesionada en el plano identitario que en cuanto a valores o proyecto de vida.

A la luz de estos datos, es tan cierto que Euskadi carece de una identidad nacional unánime, como que sí cuenta con un modelo social ampliamente aceptado. Y ello es muy importante, es un suelo firme sobre el cual construir la convivencia. Esta convivencia requiere de otro elemento nada fácil: la reconciliación. No es una simple palabra. Las heridas deben cicatrizar, la altura de miras y la generosidad

deben imponerse al rencor y al odio. Los muertos no pueden gobernar a los vivos, pero los vivos tampoco pueden olvidar a los muertos. A ninguno.

Es difícil y, por ello, debemos aceptar la dificultad del reto, entender que debemos abordarlo y ser humildes para aprender cómo han superado procesos similares en otros lugares. Cada conflicto es distinto, pero la realidad humana es la misma y la reconciliación nunca ha sido fácil, en ningún lugar. Una experiencia particularmente interesante y prometedora es la de Irlanda del Norte, donde el programa PEACE impulsado por la Comisión Europea ha adquirido unos conocimientos muy valiosos que podrían ser de utilidad. Llegado el momento, a partir de un acuerdo político amplio que incluya al gobierno del Estado, la Comisión Europea sin duda podría contribuir a consolidar el sendero de la convivencia y la reconciliación.

PIEDRA, PAPEL Y TIJERA

El juego infantil *pedra papel y tijera* -donde el papel vence a la piedra, la tijera al papel y la piedra a la tijera- nos da una clave para entender el conflicto vasco. Los fueros, en cuanto entramado constitucional, fueron el texto (papel) que reguló la convivencia de los vascos durante siglos. El tijeretazo centralista rompió dicho acuerdo y, al abolir los fueros, inició una época de agudo conflicto que implicó varias guerras, el surgimiento del moderno nacionalismo vasco y un conflicto político que aún no se ha resuelto satisfactoriamente. Ante el metal, fue necesaria la piedra, la voluntad de resistir la injusticia, de mantener la consciencia política de nuestro pueblo, de no querer renunciar a lo que somos. Un elemento central de esa voluntad pétreo ha sido la lengua, elemento diferencial intuitivo, obvio. La lengua tiene, por sí misma, una dimensión comunitaria, de encuentro con quien la comparte. Escuchar hablar en tu lengua en cualquier parte del mundo te acerca a esa persona que, quizás, se encuentre en las antípodas ideológicas o sociales. La lengua es la cristalización de una cultura, una lengua no se improvisa ni se inventa. Es el mayor patrimonio de nuestro pueblo. Lengua y voluntad han sido nuestra piedra de resistencia.

Los vascos debemos iniciar un proceso constituyente que nos permita, entre todos - ciudadanos y ciudadanas, territorios, sensibilidades e identidades-, construir nuestro país

La piedra ha vencido al metal, pero el papel debe imponerse a la piedra. La simple voluntad -imprescindible- no es suficiente. Nuestro pueblo debe acordar un marco constitucional que nos valga, que sea capaz de concitar una amplia adhesión como sucedió con los viejos fueros, y como, durante un tiempo, parecía que podía suceder con el entonces prometedor proceso democrático español. Aprendiendo, eso sí, de los errores.

Los vascos debemos iniciar un proceso constituyente que nos permita, entre todos -ciudadanos y ciudadanas, territorios, sensibilidades e identidades-, construir nuestro país. En dicho proceso deberemos tomar decisiones muy difíciles, como la territorialidad. Los catalanes parece que han decidido seguir adelante renunciando a una parte de los Países Catalanes históricos. Escocia no tiene problemas de territorialidad, ni Quebec. Nosotros sí.

AUTOGOBIERNO Y TERRITORIALIDAD

Si queremos crear un marco constitucional que englobe a toda la nación vasca, probablemente deberá ser a cambio de rebajar el grado de autogobierno total. De momento, con todas sus dificultades y obstáculos, el marco constitucional español permite disponer de un marco constitucional común en Hegoalde. Un desarrollo de la disposición que establece el vínculo entre los territorios forales podría ayudar a que los vascos vivamos un poco más cerca. Si el Estado acepta reconocer de forma más explícita el carácter nacional del pueblo vasco y asume las implicaciones de dicho carácter político -el *pase foral*, para entendernos, dentro de nuestro ámbito político-, entonces las ventajas de compartir marco con los navarros y poder ir conviviendo sobre nuevas bases, de respeto -el mismo que exigimos al Estado- y acuerdo -el mismo que ofrecemos a los vascos con identidad nacional española y al Estado-, podrían compensar la ausencia de soberanía total. En cualquier caso, será una decisión muy difícil, de carácter estratégico, que puede marcar la historia de nuestro pueblo.

Los vascos llevamos compartiéndolo nuestra soberanía desde muchos siglos antes de que se iniciase el proceso de integración europea, entre nosotros y con otros. Si estamos dispuestos a compartir nuestra soberanía con otros Estados de la Unión, también podemos hacerlo con los Estados español y francés. La cuestión es sobre qué bases. Sería perfectamente aceptable si es sobre bases de respeto y reconocimiento mutuo, con un marco constitucional adecuado y consensuado. Por el contrario, no es aceptable si se define como un acto de subordinación.

Es interesante observar que el mismo reto territorial que tiene el pueblo vasco lo tienen los Estados, en particular el español. Si la nación española quiere ser absolutamente soberana probablemente deberá renunciar con el tiempo a una parte de su territorio actual (como hicieron los checos); si quiere mantenerlo en su integridad deberá renunciar de verdad al ideal jacobino y aceptar, no como un mal necesario sino como una realidad política, que del mismo modo que comparte soberanía en Bruselas deberá hacerlo en su propio territorio.

La Unión Europea constituye un marco constitucional común entre Iparralde y Hegoalde. Si mediante el acuerdo político logramos desarrollar mecanismos de colaboración aceptables, los vascos de ambos lados de la vieja y anticuada muga, en buena medida superada por los acuerdos de Schengen y el mercado interior, podremos vivir más cerca los unos de los otros, volver a conocernos. Esta reconciliación, o quizás mejor reencuentro, es otro de los retos pendientes. Como una pareja que antes de firmar los papeles decide convivir para conocerse mejor,

El mismo reto territorial que tiene el pueblo vasco lo tienen los Estados, en particular el español

La Unión Europea constituye un marco constitucional común entre Iparralde y Hegoalde

La foralidad, de raíz profundamente confederal, es la columna vertebral de nuestro constitucionalismo

los vascos debemos ir eliminando viejos miedos y prejuicios antes de hablar de convivencia política. Si no, saldrá mal. La convivencia, lo sabemos muy bien, no puede imponerse. No repetamos errores del pasado, de cuando los imperios delimitaban las fronteras de los pueblos en una sala cerrada llena de humo. Vivimos un tiempo político que queremos que se base en la libre adhesión. Hagamos, pues, lo que decimos.

LO CONFEDERAL SÍ SIRVE

La convivencia no es incompatible con la libertad. Cada territorio y cada municipio tienen su personalidad propia e intransferible. Hemos sufrido en nuestras carnes el resultado del jacobinismo y de la soberanía estatal mal entendida. La foralidad, de raíz profundamente confederal, es la columna vertebral de nuestro constitucionalismo. Se adapta perfectamente a nuestra forma de ser y constituye un referente dentro de los modelos democráticos. Son muchos los constitucionalistas que desprecian esta fórmula, señalando que es un simple camino a la independencia, que es una fórmula inestable, que no está de moda y que sólo Suiza tiene un modelo confederal. Lo único que sabemos los vascos es que ha regulado nuestra convivencia durante siglos y que lo sigue haciendo. Tal vez en pueblos con menos historia constitucional o menos tradición democrática o más apego por el centralismo no haya funcionado. Pero a nosotros sí nos funciona. Y el derecho constitucional o sirve para resolver problemas o no sirve. La moda es útil para comprar vestidos, pero no para resolver el encaje político de un pueblo.

No es cierto que el modelo confederal no exista en la actualidad.

¿Qué es la Unión Europea sino una entidad política mezcla de elementos federales -pocos- y confederales -la mayoría? La historia muestra que el federalismo ha solido servir para unificar, a menudo incluso en contra de la voluntad de sus miembros. Véase el caso de la India o recuérdese el ejemplo clásico de la guerra civil norteamericana, donde los federales impusieron por las armas su modelo constitucional.

La confederación es el resultado natural de la libre adhesión de sujetos políticos plenos y reconocidos como tales. Si las cosas van bien y todas las partes así lo desean, con el tiempo el encaje podría evolucionar hacia la federación, pero no debe imponerse si se quiere que la unión dure en el tiempo. Por otro lado, no hay nada más democrático que las decisiones se tomen lo más cerca posible de los afectados por dicha decisión. Eso que hoy en Europa se llama principio de subsidiariedad ha sido uno de los pilares básicos de nuestra organización política. Sabino Arana lo señaló muy acertadamente, al decir que los municipios constituyen el territorio y la libre suma de los mismos configura la nación vasca. El nacionalismo vasco siempre ha sido profundamente democrático y respetuoso con la diferencia interna. Exigía respeto a la diferencia del Estado porque dentro de sí respetaba las diferencias. En este punto no hay que inventar mucho, bastaría con conocer nuestra historia y no cambiar lo que lleva funcionando mucho tiempo. Además, el carácter confederal de nuestro pueblo, demostrado de tantas maneras (igual número de escaños por territorio, foralidad fiscal, etc.), facilita enormemente la aproximación con respeto y eventual unión con los otros territorios vasco-navarros. Ser amigo de la soberanía jacobina y centralista es contrario a la tradición política y

Ser amigo de la soberanía jacobina y centralista es contrario a la tradición política y constitucional vasca, y significa obstaculizar la unión libre entre vascos

“Todos los vascos somos iguales”. Esta es la esencia del constitucionalismo vasco, la piedra angular sobre la que construir nuestra sociedad

constitucional vasca, y significa obstaculizar la unión libre entre vascos.

EL RETO

Tal y como recogía Igartua, la primera euskal etxea de América, la *Ilustre Hermandad Vascongada de Nuestra Señora de Aránzazu* creada en 1612 en la Ciudad de los Reyes (Lima, Perú), se basaba en un radical igualitarismo entre sus miembros. Su lema era “Todos los vascos somos iguales”. Esta es la esencia del constitucionalismo vasco, la piedra angular sobre la que construir nuestra sociedad. Son los ciudadanos los que viven y forman las ciudades, y su unión constituye el territorio, y su suma configura la nación.

La persona es, debe ser, el centro de la política. Por eso debemos aspirar no sólo a ser más libres sino a vivir y convivir mejor. Tenemos la oportunidad de construir una sociedad mejor que la que tenemos ahora, mejor que la que nos ofrecen España y Francia. La construcción nacional vasca acepta y afronta los mismos retos que la construcción europea: ser capaces de acordar un marco político que permita la convivencia de gentes e identidades diversas bajo un proyecto consensuado común.

Frente al fácil independentismo de copiar miméticamente una fórmula estatal gastada, el reto ilusionante es crear una estructura política más democrática, sin imposiciones identitarias, basado en el respeto a nuestra rica diversidad, y que se base en un modelo social que nos permita, a todos, vivir mejor. España y Francia están perdiendo oportunidad tras oportunidad de hacer algo así. Euskadi aún puede lograrlo. Este es el reto.



1944-1944